

DEBATES ECONÓMICOS DERIVADOS DE LOS MENSAJES DE LA IGLESIA: DE LA ESCUELA DE SALAMANCA A LA ENCÍCLICA “CARITAS VERITATE”

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes*

El escolasticismo proporcionó un entrenamiento intelectual impresionante a multitud de doctores de la Iglesia, que pasaron a ser expertos en cuestiones morales, provistos de este grandioso monumento a la lógica que es la filosofía aristotélico-tomista. Como el método deductivo, que popularizaron los grandes economistas, es otra construcción intelectual creadora de este otro monumento a la lógica que es el análisis económico, fue fácil enlazar talentos mentales. De ahí que al contemplar los nuevos problemas económicos surgidos a lo largo de los últimos quinientos años se observa que la doctrina social de la Iglesia, en más de una ocasión —adelantando acontecimientos, desde la Escuela de Salamanca en el siglo XVI a la *Centesimus Annus* con el epílogo de la *Caritas veritate*— fuese contemplada como una aportación muy valiosa, pero dentro de debates económicos importantes.

Se inició exactamente esta relación con una pregunta fundamental dentro de un conjunto extraordinario de polémicas en torno, a una idea, importada de la Edad Media, que exigía una gran precaución ante la riqueza. Giraba la cuestión en relación con una frase de San Antonino, el arzobispo de Florencia, quien había señalado: “Si algún comerciante ejerce su arte no para un fin honesto, como el gobierno de la familia, la utilidad de la patria, u otro parecido, sino motivo de un deseo de incrementar la riqueza, comete un grave pecado, comete torpe lucro”. De algún modo esto se encuentra en un texto de *De intere deserti* de San Ildefonso de Toledo, cuando indica que la raíz del amor prójimo y a Dios, es obrar cada persona “de modo que, no buscando sus

* Sesión del día 30 de abril de 2013

propios intereses, participe de los peligros prójimos, y todo lo que sea de ganancia, lo emplee en hacer participantes de la propia prosperidad”.

Ese es el momento en el cual un conjunto de comerciantes españoles de Amberes considera que tienen que plantear las consecuencias de esta alteración. Por ello se trasladan a la Sorbona, donde acuden a Francisco de Vitoria para preguntarle si servían, o no, los argumentos de San Antonino. Porque, añaden: ¿nosotros nos vamos a condenar? ¿A qué tenemos que renunciar de la actividad económica? Dado que la salvación es lo más importante ¿dejamos, pues, el campo libre a holandeses protestantes y a otros nuevos herejes que aparecen justificando el enriquecimiento como señal de la gracia divina? En resumidas cuentas, ¿abandonamos nuestras actividades, o no?

Era necesario este planteamiento porque aquellos traficantes españoles estaban actuando nada menos que en siete terrenos fundamentalmente nuevos:

1. En primer lugar, existían unas empresas importantes recientes y en auge, que eran desconocidas hasta entonces.
2. Además, habían aparecido instrumentos nuevos en los mercados financieros. Pensemos, sencillamente, en lo que pasó a significar la letra de cambio.
3. Por otro lado, surgen novísimos métodos cuantitativos, muy especialmente la contabilidad por partida doble. Tuvo gran difusión el modelo del franciscano Lucas Paciolo. Incluso se dan casos, tan interesantes como el de Simón Ruiz en Medina del Campo, que llevaba cuatro contabilidades diferentes.
4. Además, nos encontramos con que comienza la llegada de productos nuevos de forma masiva. No se trata únicamente de las especias; se observa la arribada de plata. La que llega a España es absorbida casi ansiosamente por el resto de Europa en cantidades tales que concluye por alterar los mecanismos financieros del continente. También, la avidez que por ella muestra China, contribuye a establecer firmes lazos en la globalización.
5. Se observa el desarrollo de formas de contratación masivas, al mismo tiempo que aparecen nuevas tecnologías muy poco desarrolladas hasta entonces. Existe, pues, lo que podría calificarse como una prerrevolución industrial.
6. Además de con la plata, España participa en toda esa actividad, con la lana. El peso de esta materia prima en el conjunto de la vida internacional, era muy notable.

7. Por último, asistimos a una situación opulenta en España, que va a durar hasta tiempos iniciales de Felipe II. En un texto de las Cortes de Castilla, de 1522, se habla de cómo en Segovia, en Cuenca, en Toledo, los lugares están llenos de gente ovupada, rica y contenta, lo que afecta no sólo a los naturales de estas tierras, sino a un numerosísimo número de forasteros que, de la misma manera, vivían en ellos. se trata, en suma, de un país que iba hacia adelante, de un país que quería consolidar su base económica. Basta leer el *Quijote* para darnos cuenta que la pobreza no existía como algo consustancial con lo español. Los pordioseros que aparecen, vienen de Alemania.

Por eso los agentes económicos españoles requieren, angustiados, a Francisco de Vitoria, para que conteste a estas preguntas: ¿Vamos a prescindir de esa riqueza, en este momento que se nos entra por puertas y ventanas? ¿Aceptamos, como consecuencia de lo que ha dicho San Antonino que ese paraíso material sea precisamente lo que debemos tapiar, para no penetrar en él?

A todo ello en el planteamiento de la Iglesia, se va a dar adecuada respuesta, a mi juicio, gracias a la contestación de Francisco de Vitoria, en la Sorbona, primero, y a través de sus discípulos Domingo de Soto, Pedro de Valencia, Martín Azpilcueta, —el famoso “doctor navarrus” que demostrarán por qué se puede cobrar el tipo de interés como pago del tiempo, exactamente como más adelante lo explicará Böhm-Bawerk— y en general, a través de ese grupo que Schumpeter y, antes nuestro compañero Larraz, llaman la Escuela de Salamanca. Aparte de ellos más adelante me referiré a otro gran teólogo moralista y economista, el P. Mariana. Así es, además, cómo se comienza a colaborar con la fundación de la ciencia económica moderna.

Efectivamente, la economía acabó surgiendo de esa pregunta. Como decía muy bien Pierre Vilar, en los tratados de los moralistas católicos, en los manuales de confesor que se acaban entregando a los párrocos, a los simples frailes, había, desde el siglo XVI, auténticos estudios profundísimos de teoría económica. La respuesta de la Escuela de Salamanca se proporciona de modo simultáneo a su participación en el Concilio de Trento. Aunque no de modo explícito, este preludio de lo que ya cabe calificar como de doctrina social de la Iglesia, tuvo una respuesta, al par, escolástica y conciliar. No existió, en cambio, una postura favorable, en este sentido, del Pontificado. Piénsese que frente a esta toma de posición o postura de la Escuela de Salamanca, el Papa Alejandro VI (1655-1667) condenó que “fuese lícito al que presta pedir alguna cosa de más, si se obliga a no repetir el principal hasta cierto tiempo”, lo que fue ratificado por su sucesor, el beato Inocencio XI, el gran protagonista de los choques con Luis XIV, y el que ha de intervenir en relación con las tensiones entre jansenistas y jesuitas, a finales, pues, del siglo XVII, quien mantuvo la doctrina exactamente contraria a la postura de la Escuela de Salamanca, al con-

denar la proposición que diga que “como el dinero de contado sea más precioso que el que se ha de contar, y ninguno haya que no estime más el dinero presente que el futuro, puede el acreedor pedir a aquél a quien prestó, alguna cosa de más del principal; y por este título ser excusado de usura”, e incluso condenaba también que no fuese considerada “usura todas las veces que se pide alguna cosa más del principal, como débito que procede de benevolencia y agradecimiento, sino solamente si se pide como débito que procede de justicia”.

Tal planteamiento inicial del problema, que señala el agobio que la economía puede originar en un cristiano, posee una segunda parte, a causa de la Revolución Industrial, dentro de la que estamos, y que, al unirse a otra Revolución, la liberal, permitió, como señala Bertrand de Jouvenel, que se difundiese, con la libertad de imprenta, con la libertad política, la magnitud del problema de la pobreza. Se podía denunciar, con libertad absoluta, esta realidad.

El gran economista Alfredo Marshall indica, muy en relación con todo esto, porque, en que condiciones, de que manera, él se dedicó a estudiar la economía y por qué llegó a la economía a través de la moral.

En su formación lo que le atrajo primero, y a lo que dedicó buena parte de sus esfuerzos fue a cuestiones de filosofía y teología moral. De ahí, pasa a la economía. Y ¿por qué lo hace? ¿Qué es lo que le lleva a estudiar cuestiones de economía?

Dice Marshall: “Me dediqué a visitar, durante mis vacaciones, los barrios más pobres de diversas ciudades, recorriendo una calle tras otra y observando los rostros de las gentes más pobres. Después —esto es, una vez empapado de estos agobios— decidí estudiar, tan a fondo como me fuera posible, la economía política”.

El tema del mercado fue, desde los primeros tiempos de la ciencia económica, uno de los asuntos donde el apasionamiento fue más considerable, sobre todo a partir del momento en que Adam Smith descubre un famoso teorema, el llamado *teorema de la mano invisible*. No es la benevolencia del carnicero, del panadero, del cervecero, la que suministra los bienes que se precisan, sino su propio interés. Quienes están contribuyendo a crear el bienestar general a través de la economía son, asombrosamente, los actos de cada uno, motivados por buscar la propia ganancia, porque, al hacerlo, como si una mano invisible los dirigiese, acaban contribuyendo al bienestar de los demás.

Este teorema de la mano invisible fue pronto captado en toda su significación por pensadores católicos importantes. Existe entre nosotros, la que podríamos llamar su traducción o intento de asimilación por parte de una persona que era esencialmente católica. Me refiero a Jovellanos. En Francia, esto

dará lugar no sólo a la Escuela de Angers, al grupo de Le Play, a Anatolio Leroy-Beaulieu, quienes se declaran específicamente católicos, aunque no es hacia donde dirige su esfuerzo el famoso vizconde Alban de Villeneuve-Bargemont, discípulo de Sismondi, quien va a publicar una *Economía política cristiana* que ha tenido multitud de ediciones, y en la que trató de coordinar este mensaje que viene del mundo de los clásicos, del mundo de Smith, incluido este teorema de *la mano invisible*, evidentemente con muchos errores técnicos, pretendiendo proporcionar un conjunto de orientaciones y de exigencias que oriente la doctrina de la Iglesia.

Esto hay que enlazarlo con las famosas predicaciones que el padre Félix dirige a los burgueses parisinos en los momentos en que Guizot lanza aquel famoso imperativo de “Enriqueceos”, propio de un protestante como él era. Este sacerdote, con sus sermones en Notre Dame de París y en otros lugares de Francia, señala a aquellos burgueses de qué manera es posible encajar este mensaje de *la mano invisible* dentro de los pensamientos y de las reacciones de la Iglesia.

Esta situación, de pronto, genera algo así como una especie de trepidación en todo el mundo. Derivada de la línea de los economistas clásicos surge un talante, que David Ricardo llevará hasta sus últimas consecuencias con su ataque a las leyes de pobres, al admitir, como cosa verdaderamente normal, que ese teorema de *la mano invisible* no debería tener limitación ninguna. Dentro de esas limitaciones no importaba nada atender a la dignidad de los hombres y acumular miseria y convivir con la miseria. No había otro remedio, repito, que llegar a las últimas consecuencias. Todo eso comienza a hacer surgir, en muchos lugares, una sensación de repugnancia evidente.

Eso es lo que está detrás de un intento de cambio en los planteamientos, que se va a traducir en una batalla ideológica muy importante dentro del mundo de la economía, la famosa batalla del método, la Methodenstreit. La oposición a los clásicos está encabezada por alemanes que, vinculados a la llamada Escuela de Berlín, siguen el guión que enarbolará, en la última etapa de ese combate, Gustavo von Schmoller.

Todo ello significa que, para esta escuela, la llamada neohistoricista, la solución de los problemas económicos tenía que venir a través de tres líneas que cristalizan en la Verein für Sozialpolitik, o sea, en el socialismo de cátedra, sin el que, por ejemplo, no se entiende la *Rerum Novarum* de la que me ocuparé dentro de un momento. Estas tres líneas eran:

En primer lugar, gracias a un intervencionismo creciente del Estado. Se opinaba que el mercado no asignaba bien los recursos, porque poseía fallos excesivos.

En segundo lugar, gracias a una presencia dentro de la ordenación de ese mercado por parte de los propios grupos de intereses.

Y, en tercer lugar, el Estado debe ser beligerante también para redistribuir la renta entre las personas.

Viena frente a Berlín discutió incansablemente esos planteamientos. Fue lógico, pues, que pasados los años, los miembros de la cuarta y tercera generación de la escuela vienesa, los Hayek, los Mises, acabaran entrando en polémica con Keynes, desde las cátedras y los lugares en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, donde, exiliados, habían pasado a residir. Su combate contra Keynes y sus seguidores —son “unos tontos, refiriéndose a Kahn y a la señora Robinson” dice Hayek que le afirmó Keynes— tuvo, por supuesto, mucho de excesivo y desgarrador.

Hay otro núcleo, otro planteamiento, que surge más adelante en Alemania alrededor de una Universidad de la Iglesia, de una Universidad vinculada al pensamiento católico, de una Universidad “negra”, la Universidad de Friburgo.

En Friburgo, en la época del nazismo, existió un grupo de economistas que admitían tener sus raíces en el pensamiento de la Iglesia y, concretamente, en el respeto a la persona humana. También van a procurar la superación de los desequilibrios que creaban en la economía alemana los errores del nacionalsocialismo. Esta auténtica escuela de economistas se articula alrededor de un profesor magnífico, Walter Eucken.

La capacidad de trabajo, la valentía personal, la inteligencia, las dotes pedagógicas. hicieron que Eucken, a pesar de la opresión del nacionalsocialismo —eliminó a Heidegger del rectorado de esa Universidad, por su proclividad hacia el mundo hitleriano—, consiguiese amparar al grupo de economistas católicos vinculados con este centro para trabajar alrededor de una alternativa de la que va a ser, en parte esencial, creador.

Tal alternativa era la de: es imposible que exista una economía al servicio del hombre si no está basada en lo que él llamaba, un *orden de la competencia*. Este tiene que tener forzosamente cinco excepciones:

No puede atentar a la dignidad humana. Por lo tanto, el mercado del trabajo no ha de ser de libre competencia, como puede ser el mercado de los zapatos. Es algo esencialmente diferente porque, de otro modo, de alguna manera, la dignidad humana resultaría afectada.

En segundo lugar, hay otro mercado que también tiene que quedar exceptuado de ese orden de la competencia. Es el mercado de la vivienda y,

más ampliamente, el del urbanismo. La vivienda tiene mucha importancia para un católico. Supone el alberghe de la familia. Significa también, para toda persona con un mínimo de sensibilidad, el preservar ciertos valores culturales, ciertos monumentos, ciertos órdenes urbanos. No puede actuar libremente el mercado en lo que se relaciona con el suelo y la construcción. Han de existir, forzosamente, barreras en este sentido.

El tercer límite es el que se relaciona con el mundo de la agricultura. Esta realidad rural está vinculada a una serie de valores básicos culturales heredados. Si no existen mecanismos reguladores de ningún tipo, el mercado acabará hundiendo a los agricultores —recuérdese la ley de King— y con ello se acabará perdiendo un mensaje sociocultural importantísimo, que se enraíza nada menos que con la historia básica de Europa. Por lo tanto, en la agricultura no podemos dejar que actúe el mercado libremente.

Por motivos obvios, los productos relacionados con la defensa nacional, como son las armas, tampoco pueden admitir que actúe libremente el mercado sobre ellos.

La quinta y última cuestión sigue siendo muy debatida en estos momentos. Se trata del mundo financiero. Como acaba de señalar el presidente del Bundesbank, Jens Weidman en su conferencia *Competitividad y ordenamiento económico en una economía de mercado*, pronunciada con motivo de la celebración del Año Nuevo de la Asociación de la Industria del Automóvil el 30 de enero de 2013, para Eucken la política monetaria tenía una importancia central. Escribía en los *Grundsätzen der Wirtschaftspolitik*: “Todos los esfuerzos por realizar un ordenamiento de la competencia serán inútiles, en lo que no garanticen una cierta estabilidad del valor de la moneda. La Política Monetaria, por ello, supone una primacía en el ordenamiento de la competencia”. Añado que en los *Die Grundlagen der Nationalökonomie* escribirá: “Resulta necesario tratar los dos elementos que determinan la determinación de los planes individuales: forma de mercado y sistema monetario, no sólo yuxtapuestas, sino también en su recíproca dependencia”.

Aparte de eso, como se pregunta el profesor Horst Albach, de la Universidad Humboldt de Berlín, “el brillante ejemplo de ‘la Economía Social de Mercado en un área económica europea ampliada’ ha palidecido e, incluso, en multitud de países, entretanto, es desconocida”.

Y ahí surge, en el pensamiento católico, otra polémica. No se puede dejar que se derrumben muchísimas actividades económicas y financieras como consecuencia de una especie de sacrosanto respeto al mercado. Cabalmente, ahí se encuentra la raíz de la esencia de Benedicto XVI, *Caritas in veritate* cuando en su párrafo 21 se lee: “Es verdad que el desarrollo ha sido y sigue siendo un factor positivo que ha sacado de la miseria a miles de millones de per-

sonas y que, últimamente, ha dado a muchos países la posibilidad de participar efectivamente en la política internacional. Sin embargo, se ha de reconocer que el desarrollo económico del mundo ha estado, y lo está aun, aquejado por *desviaciones y problemas dramáticos*, que la crisis actual ha puesto todavía más de manifiesto. Ésta nos pone improrrogablemente ante decisiones que afectan cada vez más al destino mismo del hombre, el cual, por lo demás, no puede prescindir de su naturaleza. Las fuerzas técnicas que se mueven, las interrelaciones planetarias, los efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada y en buena parte especulativa... nos induce hoy a reflexionar sobre las medidas necesarias para solucionar problemas que no sólo son nuevos respecto a los afrontados por el Papa Pablo VI, sino también, y sobre todo, que tienen un efecto decisivo para el bien presente y futuro de la humanidad”.

Cuando los economistas o los científicos vamos buscando las raíces, que acaban enlazándose con los documentos pontificios últimos, en el caso concreto de esa gran culminación de la Doctrina Social de la Iglesia que es la encíclica “Centesimus annus”, nos encontramos con que esa Escuela de Friburgo, con todo este mensaje que proviene del mundo universitario alemán, estaba presente en ella, por lo que éste ha sido, de alguna manera, consagrado por el Papa Juan Pablo II. Esto es, la “Centesimus annus” afirma y engarza, de una manera pluscuamperfecta, esa búsqueda de un orden de la competencia, pero respetando ciertos ámbitos que deben ser defendidos y enlazándose, al mismo tiempo, con otra cuestión heredada importante.

Desde mayo de 1991, los católicos parecía que debíamos estar absolutamente tranquilos. ya no pesaba sobre nosotros una situación opresiva que podemos centrar en la figura de Leroy-Beaulieu, quien, cuando procuraba cristianizar el mensaje que procedía de clásicos e incluso de marginalistas y de introducirlo en el seno del pensamiento católico, se encontró desautorizado por la orientación que parecía adoptar la doctrina social de la Iglesia tras la encíclica *Rerum Novarum* y la aceptación del historicismo no disimulado del obispo von Ketteler. En ese momento indicó que él, Leroy-Beaulieu, se callaba, que se retorció el cerebro, pero que jamás diría nada que, de alguna manera, pudiese crear un escándalo en el seno de la Iglesia. Fue una actitud verdaderamente ejemplar.

En este momento, si alguno de estos economistas fuera canonizado, sería como premio al ejemplo dado de humildad, algo muy duro de seguir por científicos importantes. Aceptaron el silencio con un heroísmo ciertamente sobrecogedor. Ahora parecería que nos encontrábamos como pez en el agua, porque, después de la “Centesimus annus” todos estos problemas se les habrían concluido a Leroy-Beaulieu y los demás. Es más, en la encíclica *Caritas in veritate*, véase su apartado 9, todo esto quedaba superado cuando señala — quizás en un contexto no muy afortunado de defensa de las tesis económicas

básicas de la encíclica de Pablo VI *Populorum progressio*, que hoy tienen poco o ningún respaldo analítico— que “su fidelidad al hombre exige *fidelidad a la verdad*, que es la única, *garantía de libertad* (cf. Jn 8, 32) y *de la posibilidad de un desarrollo humano integral*”. Por eso “la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifiesta. Para la Iglesia esta misión de verdad es irrenunciable. Su doctrina social es una dimensión singular de este anuncio: está al servicio de la verdad que libera. Abierta a la verdad, de cualquier saber que provenga, la Doctrina Social de la Iglesia la acoge, recompone en unidad los fragmentos en que a menudo la encuentra, y se hace su portadora en la vida concreta siempre nueva de la sociedad de los hombres y los pueblos”. Y esto porque, como dice Jeny Z. Muller, profesor de la Catholic University of America, en su artículo “Capitalism and Inequality”, en *Foreign Affairs*, marzo-abril 2013, “la creación del moderno estado de bienestar a mediados del siglo XX es lo que hizo finalmente que capitalismo y democracia coexistieran en relativa armonía”.

De ahí, además, se desprende hoy la importancia de la libre actividad empresarial, nada menos que por parte de Benedicto XVI en su reflexión a partir de la encíclica *Caritas in veritate*, el 18 de marzo de 2010, al recibir a una serie de empresarios de Roma. dijo el Papa en esa ocasión, según la versión al español del *Osservatore Romano* nada menos que esto: “Nadie ignora cuántos sacrificios hay que afrontar para abrir o mantener la propia empresa en el mercado, como ‘comunidad de personas’ que producen bienes y servicios y que, por tanto, no tiene como único objetivo *el lucro, aunque sea necesario*” (cursivo esta frase final). O bien que “el empresario atento al bien común está llamado a ver siempre su actividad en el marco de un todo plural. Este enfoque genera (riqueza), mediante la fraternidad vivida concretamente en las opciones económicas y financieras, *con mercados más competitivos* (subrayado mío) y... animado por el espíritu de servicio”.

Por todo eso, si este problema de mercado parece que está resuelto de modo claro y, por lo tanto, si puede encajar al servicio del hombre, hay que completarlo de manera adecuada en relación con el mundo del comercio internacional.

Esta línea de abrirse los mercados al exterior es dura y cuesta muchísimo. Añadamos la mala conciencia que acaba surgiendo, a causa de restricciones al comercio internacional que siguen existiendo, pues continúan actuando proteccionismos en el área de la Unión Europea, proteccionismos clarísimos en el área norteamericana, y no digamos en el área japonesa. Es general la convicción de que tales proteccionismos reducen las posibilidades de desarrollo de multitud de pueblos que están vinculados con el Tercer Mundo. Por eso observamos, con verdadero escándalo, que todo un conjunto de pueblos subdesarrollados está viviendo frenado su progreso porque los países más ricos basan sus políticas económicas en falacias como la de que desde estos pueblos pobres se

efectúa competencia desleal, porque están pagando salarios baratos, y que sólo así pueden competir, por lo que es preciso poner barreras a la recepción de sus bienes.

Todo esto está también recogido en la *Centesimus annus*, cuando señala de qué manera es la apertura de los mercados la que es capaz de generar desarrollo, y que esa valiente opción al libre comercio internacional es la única que proporcionará la base necesaria para que los pueblos pobres salgan adelante, precisamente a través del comercio internacional. La necesaria colaboración de los pueblos ricos no debe manifestarse en términos de conceder unas migajas del presupuesto, sino en términos de abrir los mercados propios, de aumentar nuestras adquisiciones en los pueblos pobres, de no estar encerrados en situaciones egoístas, con el fin de que estos países del Tercer Mundo puedan, en libre lucha, acabar conquistando las cotas de progreso que se derivan de la ampliación del comercio internacional. No quiero decir que, en el mundo del tráfico internacional, las nuevas situaciones generadas por transnacionalizaciones y efectos sede no sean capaces de perturbar el modelo neoclásico del comercio mundial. Pero esto no nos debe hacer olvidar que los egoísmos nacionales de los pueblos ricos siguen estando en el primer lugar de los obstáculos al desarrollo de los pobres.

Para engarzar a estas sociedades poco desarrolladas dentro del conjunto del progreso económico mundial, no hay más remedio que abrir el comercio internacional y aceptar incluso superaciones de las recomendaciones de la Organización Mundial de Comercio, con todas sus consecuencias. No quiero decir con ello que, en situaciones límite —por ejemplo, recientemente, con lo ocurrido en Haití—, no debemos transferir nuestras rentas a favor de estas situaciones de miseria, pero con la convicción de que así sólo resolveremos agobios inmediatos, no cuestiones permanentes, sobre todo como consecuencia de una espantosa lacra moral, también lógica y explícitamente condenada por la Iglesia: la corrupción.

Es imposible, en este sentido, no estar de acuerdo con lo que señala Arthur F. Utz en su *Ética económica* (AEDOS, Unión Editorial, 1998): “Las normas de la acción económica de las que habla la ética orientada al derecho natural, no deben interpretarse en el sentido de un “deber-ser” moral puro, sino que están dotadas, al propio tiempo, de un considerable aparato de poder de sanción... (Por ejemplo), la falta de consideración de la familia lleva a un deterioro hasta la corrupción de la moral societaria y, en consecuencia, de la moral económica... Hay que dar la razón a Marx en el sentido de que las acciones contra la naturaleza humana llevan a la ruina”. De ahí la congruencia con el final de un párrafo de la encíclica *Caritas in veritate*: “En las zonas más pobres, algunos grupos gozan de un tipo de superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora... Lamentablemente, hay corrupción e ilegalidad tanto en el compor-

tamiento de sujetos económicos y políticos de los países ricos, nuevos y antiguos, como en los países pobres”. Habría que añadir, por lo dicho, que esta corrupción abunda más en los pobres, porque es la causa de que lo sean.

El tercero de los problemas que tenemos delante, aunque precisamente en estos momentos parezca que ha dejado de ser, a causa de la crisis económica, de evidente actualidad, es el que un gran economista caólico español, el jesuita padre Mariana, señaló como abominación de las abominaciones en el terreno económico: la inflación.

¿Por qué consideraba el padre Mariana que la inflación era algo verdaderamente infernal? En primer lugar, porque era un impuesto no discutido, no debatido, en las Cortes. En segundo lugar, porque, como consecuencia del clima inflacionista, las gentes se dedicaban a especular, sin atender lo debido a los planteamientos productivos. Los agentes económicos, de modo continuo en toda situación inflacionista, centran su atención en pensar qué será lo que va a subir más rápidamente de precio para almacenarlo, para desvincularlo de procesos productivos, en síntesis, para especular. La mala asignación de los recursos es el corolario de estas circunstancias especulativas derivadas de la inflación. La tercera causa de este odio a la inflación, es especialmente grave. Los más pobres, aquellos que tienen más dificultades para dominar los mercados dentro del proceso económico, son los más castigados, con lo cual, la apertura entre las diferencias de los ingresos de las personas pasa a agrandarse de modo injusto.

Esos son los terrenos de los que había hablado al principio. el del mercado, el de la corrupción, el del comercio internacional y el del desequilibrio del sector público y su corolario de la inflación, en los que es difícilísimo encontrar economistas solventes que opinen otra cosa. De pronto, el mensaje de todos los economistas, de todas las escuelas, de todo el mundo, coincidió con el de la Iglesia Católica, gracias a la encíclica *Centesimus annus* de Juan Pablo II.

Porque la ciencia económica es una ciencia más. Con sus debates, y con sus inseguridades que se comunican siempre al teólogo moral que, por ello, al crear la opinión que permite desarrollar la Doctrina Social de la Iglesia, puede conducir a ésta por caminos errados. Las mayores equivocaciones han sido las derivadas de la creencia de que era precisa la búsqueda de un sistema nuevo alternativo al del mercado libre, abandonando el sendero de la *Rerum Novarum* de León XIII, que aceptaba el sistema capitalista siempre que se actuase en él de determinada manera. La respuesta primera que se encontró fue la del corporativismo de Pío XI, que se convirtió en un fracaso, como empezó a reconocer el Papa Pío XII. La segunda respuesta fue la del estructuralismo económico latinoamericano, escuela equivocadísima, que dio la base analítica para el movimiento de Cristianos para el socialismo y de la Teología de la Liberación, frente a los que alzó su voz Juan Pablo II.

Pero también hay que andar, efectivamente con cuidado con muchas propuestas de la Escuela clásica porque rezuman derivaciones que parecen proceder, como nos ha probado Victoriano Martín en su ensayo *Baruch Spinoza y Adam Smith sobre ética y sociedad*, de una dirección intelectual que conduce al tipo, siempre poco cristiano, del “egoísta amable” de David Hume. Léase este párrafo del *Tratado de la reforma del entendimiento* de Baruch Spinoza: “Lo que los hombres consideran como el sumo bien se reduce a estas tres cosas: la riqueza, el honor y el placer”.

Simultáneamente, no pidamos que la Doctrina Social de la Iglesia esté exactamente al tanto de lo que dicen los economistas en sus diversas escuelas; sí que estudie aquello en lo que concuerdan, que es muchísimo, pero que puede experimentar variaciones y matizaciones, a veces muy hondas. Por supuesto que lo que voy a decir es un poco exagerado, pero a veces da la impresión de que en el mundo, que rodea a más de un elaborador de la Doctrina Social de la Iglesia o sea, a sus asesores, hay algo de aquello de Jeremías: “Verdaderamente nuestros padres estuvieron en la mentira” En cambio, cuando preparó la *Centesimus annus*, Juan Pablo II conversó con Arrow y con Tobin. Ambos no son precisamente ni católicos ni homogéneos en sus posturas, pero seguro que sobre aspectos concretos de la ciencia económica precisa para orientar la política económica y la moral, no le mostraron puntos de vista fundamentalmente encontrados. Por eso, ese Pontífice, acertó plenamente.

Por tanto no debemos escandalizarnos ahora por ese abandono de la influencia de Keynes que, sin embargo, reinó hasta el Concilio Vaticano II — véase la Constitución *Gaudium et Spes*—, con su aproximación a puntos de vista socializantes, defendidos incluso por el director, entonces, del *Osservatore Romano* y que sólo tenían la crítica de la Escuela de Friburgo. Esto es también lo que expone así el profesor Leopoldo Gonzalo y González en su artículo *Recesión económica, depresión moral y recuperación socioeconómica a la luz de la encíclica “Caritas in veritate”*. Un apunte: “La economía de mercado, fundada en el capitalismo, tienen un equívoco origen cristiano y... como señalaban E. Gotti Tedeschi y R. Cammilleri —en *Economía global y moral católica. Conversaciones entre un intelectual y un banquero* (Madrid, 2008), fueron las sucesivas herejías las que desvirtuaron sus sanos principios originarios. Luego, el pensamiento ilustrado contribuyó a la creación de situaciones que gradualmente... convirtieron al hombre, en economía, cada vez más en un medio que en un fin, lo cual llevó incluso a una gran parte del mundo católico (escandalizado por eso), a considerar el capitalismo como un obstáculo desde el punto de vista de la vida espiritual. Con todo, la Doctrina Social de la Iglesia, desde la *Rerum Novarum* de León XIII, hasta la *Caritas in veritate*, del Papa Ratzinger, ha venido a clarificar el correcto significado de aquellos principios, que hacen del sistema de mercado el mejor instrumento para funcionar la economía eficientemente, con el mayor margen de libertad ordenada al bien común”.

La Iglesia no siempre acierta. Esa es una postura donatista, que sostenía que era perfecta la Iglesia militante aquí en la Tierra. Fue San Agustín el que nos aclaró que eso estaba equivocado, y que la característica del verdadero creyente era el amor perpetuo a la Iglesia, con todos sus defectos, uno de los cuales podría ser aceptar una doctrina económica científicamente errónea. Anatolio Leroy-Beaulieu, —recordemos la citada sumisión ante León XIII—, por eso, mostró que era un verdadero creyente; porque él seguía considerando, frente a lo que yacía en la *Rerum Novarum*, que era cierto el mensaje económico de clásicos y neoclásicos, como acabó por recoger Juan Pablo II. Además hubo en relación con aspectos colaterales, múltiples vacilaciones en la Iglesia. Sin ir más lejos, hubo de superarse en España, a pesar de la condena a *Le Sillon*, la doctrina que se condensa en un librito ferozmente integrista, y que está ajeno, por cierto, a cualquier cuestión social, como es el de Félix Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes*.

Los problemas económicos varían muchísimo según las épocas. En las ciencias sociales siempre existirá un condicionante que acertó Karl Popper a definir así en el Simposio de Burgos, en septiembre de 1968: “De hecho la ciencia crece y nosotros tenemos el deber de hacer que muchas cosas en esta vida sean cada vez más racionales: pero no podemos intentar racionalizar la totalidad de nuestras vidas, ni deberíamos hacerlo, pues eso sería altamente irracional... Una persona que, por ejemplo, intenta racionalizar sus amores, no amarán”. Simultáneamente, la ciencia económica tampoco se debe engreír. Tiene toda la razón Oscar Vara cuando, en su nota *¿Hay tensión entre la teoría económica y la Doctrina Social de la Iglesia?*, publicada en *Debate Actual*, agosto 2008, concluye: “La teoría económica hará justicia a la Doctrina Social de la Iglesia cuando consiga incorporar con éxito en sus modelos, concepciones antropológicas progresivamente más complejas y que sean capaces de ‘hacer presente’ la concepción cristiana de persona en ellas”. En España, como dice Vara, esta es la tarea “enormemente” compleja y exigente en la que actualmente trabaja el profesor Rubio de Urquía. Porque desde luego, lo que permanece siempre para iluminar los nuevos problemas económicos y las nuevas interpretaciones científicas que en ellos yacen, es un viejo mensaje que permanece, dando sentido a la Doctrina Social de la Iglesia.

* * *

Los economistas tenemos un santo patrón. Nos lo mostró Marshall al relatar una pequeña anécdota personal suya: él en el Saint John’s College de Cambridge, donde vivía cuando estaba soltero, tenía encima de la chimenea de su habitación un retrato pintado al óleo de un hombre con una expresión de pobreza y de angustia tremenda. Lo había comprado por unos pocos chelines al recorrer un barrio londinense y lo había colocado allí. Lo llamaba su santo patrón. Cuando estaba investigando economía y,

cuando en esas investigaciones efectuaba desarrollos muy abstractos, en los que era muy experto, porque conocía muy bien el mundo de las matemáticas, de vez en cuando, cuando estaba haciendo esto, contemplaba el retrato de quien él llamaba su “santo patrón”, y si llegaba a la conclusión de que aquello no le iba a servir para nada a aquella persona que estaba representando a los angustiados, abandonaba la investigación.

Colaboraba así, como economista, con lo que María dijo en el *Magnificat*:

“A los hambrientos los llenó de bienes
Y a los ricos los despidió vacíos”.